

JEFFREY A. TUCKER

COLECTIVISMO DE DERECHAS

LA OTRA AMENAZA A LA LIBERTAD



INNISFREE

COLECTIVISMO DE DERECHAS

LA OTRA AMENAZA A LA LIBERTAD

Traducción: J. M. Jiménez

INNISFREE

FICHA DE LA OBRA

Título: COLECTIVISMO DE DERECHAS LA OTRA AMENAZA DE LA LIBERTAD

Editor: Oliver Serrano

Autor: JEFFREY A. TUCKER

ISBN: 978-171-807-812-3

Edición: Primera

Año de edición: 2023

Páginas: 188

Área: Universidad

Encuadernación: Rústica

Editor gerente: Oliver Serrano

Diseño de cubierta: Innisfree

Calle Juan Antonio Fernández 36,31500

Tudela, Navarra España

Preimpresión: Outdesign, Publishing Services

Impresión: Safekat Madrid España

Reservados todos los derechos. De acuerdo con la legislación vigente podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización. Ninguna de las partes de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea electrónico, químico, mecánico, magneto-óptico, grabación, fotocopia o cualquier otro, sin la previa autorización escrita por parte de la editorial. Innisfree quien es licenciataria marca **Innisfre Editorial®** estando autorizada para editar libros donde figure en sus elementos comerciales este sello editorial.

© 2023 Editorial Innisfree .

Impreso en España (UE) / Printed in Spain (EU)

www.innisfree.es

Contenidos

Prefacio por Deirdre Nansen McCloskey	1
Introducción	7

I. La Situación

Los hechos violentos en Charlottesville	17
Qué podemos aprender de la marcha de Charlottesville	23
Mi almuerzo con una nazi	29

II. La Política

El nuevo revanchismo	37
Trumpismo: la ideología	43
Abrir los ojos a la realidad del fascismo	48
Dos variedades de tiranía	54
¿Sabes lo que es una nación?	58
¿Por qué ha declarado Trump la guerra al Freedom Caucus?	63

III. La Historia

La Ciencia Política mata	69
Por qué debería importarte el Holocausto	77
La arrogancia intelectual de la ideología del CI	82
El complot eugenésico del salario mínimo	89
Los orígenes misóginos de la ley laboral estadounidense	95

IV. La Filosofía

Cinco diferencias entre la alt-right y el libertarismo	107
Prehistoria de la ‘alt-right’	113
Fichte, Ruskin, Chamberlain, Gentile y Eliot: defensores del control fascista	120
Thomas Carlyle, prócer del fascismo	128
El taciturno barón del fascismo del siglo XX	135
Luchamos para sentirnos libres	144

V. El Futuro

Occidente es una idea portátil, no sangre y tierra	153
La economía de izquierdas no es la solución al resentimiento de la alt-right	160
Abre tus ojos: la socialdemocracia se está derrumbando	168
La implosión del Partido Republicano y el resurgir del liberalismo (clásico)	175
Recuperar el término ‘liberal’	182
Notas bibliográficas y biográficas	186

A los socialistas de todos los partidos

Prefacio

Lo llamamos “populismo” y eso hace que suene bien, al menos para quienes no recuerdan el pasado. ¿Por qué no habría de prevalecer la voluntad del *pueblo* sobre todo lo demás? No cabe duda de que el resultado de una votación es la *volonté générale*, dijo Rousseau, creyendo haber resuelto de esta manera el problema de la no-libertad en un colectivo. Sin duda, el populismo es algo Bueno y General, ¿no? Puede que así lo parezca, hasta que de pronto se nos agolpan en la cabeza vagos recuerdos de Huey Long, Juan Perón y Benito Mussolini.

En su maravilloso libro, Jeffrey Tucker llama al populismo de derechas por su nombre, es decir, fascismo, o, en su versión alemana, nacional socialismo: nazismo. Por supuesto, el término “fascismo” está corrompido por el uso promiscuo que ha hecho de él la izquierda, y también los nihilistas Antifa que apedrearon e insultaron en Berkeley a la policía y a quienes se manifestaban pacíficamente tras la última del presidente Trump. Tucker rescata la palabra “fascismo” para usarla en el contexto actual. Y es justamente el término que necesitamos, con urgencia.

Con una prosa elegante y un profundo conocimiento de la historia, Jeffrey Tucker nos cuenta cómo separaron sus caminos los gemelos antiliberales, concebidos en torno a 1820 por Georg Hegel. Prusia y Rusia, podríamos decir; todo menos Inglaterra. El gemelo de la derecha, de Carlyle a Breitbart News en tiempos más recientes, reforzó el Estado con nacionalismo. El gemelo de la izquierda, desde Marx al canal de noticias MSNBC más recientemente, reforzó el Estado con socialismo. En ambos casos, el Estado, con su monopolio sobre la violencia, se vio robustecido. El liberalismo inglés (que entre tanto nos dio nuestras libertades, y luego nuestras riquezas) impulsó, en cambio, a los individuos y sus acuerdos voluntarios. Como dijo el protoliberal Adam Smith en 1776, lo que necesitamos, y lo que tuvimos durante cierto tiempo, de manera imperfecta, es “el plan liberal, de igualdad [en el estatus social], libertad [en la acción económica] y justicia [en la capacidad legal]”.

Tucker hace sonar las alarmas contra el putinismo trumpiano en todo el mundo, de Hungría a Filipinas. Rechaza el mito de que el “fascismo” es cosa del pasado porque fue valerosamente derrotado por la izquierda en 1945. Nuestros amigos de la izquierda (y hablo sin ironía: tengo muchos) todavía

se imaginan luchando contra el fascismo en alianza con un risueño Tío Joe Stalin que chupa su pipa. En realidad, están practicando una versión de izquierdas del fascismo. Como descubrió George Orwell en la Guerra Civil Española, y como hizo constar en *Rebelión en la granja*, la izquierda es tan autoritaria como la derecha. Ambas se valen del poder del Estado para avasallar a las personas. Tal y como documenta Tucker, después de 1989 los mayores peligros de avasallamiento han venido tanto de la derecha como de la izquierda. La amenaza fascista no procede de un muro berlinés, sino de uno trumpiano.

El verdadero liberalismo derriba muros, tanto despotismos y aranceles como trabas a la migración, censuras y licencias de oficio. Se planta contra los dos gemelos autoritarios y sus muros espléndidos. Tucker urge a los liberales concienciados a ponerse en pie y dejar claros sus principios fundamentados en las personas. Los urge a dejar de creer que son “conservadores” y que por tanto deben tolerar un pequeño giro hacia el fascismo, propicio para una reforma fiscal.

En un programa del canal MSNBC, el presentador hostigó a un invitado del libertario Instituto Cato, a quien tildó de “conservador”, impidiéndole hablar. Él dejó escapar una débil protesta, diciendo que *no* se consideraba conservador. Pasaron a hablar de otro tema y el programa hizo una pausa publicitaria. Tanto el señor de Cato como Jeffrey Tucker (de la Fundación para la Educación Económica), Rose Wilder Lane, Friedrich Hayek y Milton Friedman son liberales y no conservadores, ni progresistas. Los liberales se plantan contra los gemelos de la acción estatal impuesta por la violencia.

Pero los feos y violentos gemelos no pierden popularidad. La nueva popularidad de los gemelos fascistas preocupa a Tucker, y a ti también debería preocuparte.

Podemos preguntarnos por qué el Estado es tanto para la izquierda como para la derecha el actor central del drama político y económico. ¿Por qué es este el drama favorito de la mayoría?

Un primer motivo data de antaño, y es la sospecha primitiva de que la transacción mercantil no es justa. Esta sospecha tenía sentido en el mundo de suma cero donde vivió la mayoría de la gente hasta el siglo XIX. El sociólogo Georg Simmel lo expresó acertadamente en 1907: “Desde la Edad Media hasta, aproximadamente, el siglo XIX, el pueblo ha venido considerando a las grandes fortunas como ligadas a circunstancias no muy claras... Sobre el origen de las fortunas de los Grimaldi, los Medici, los

Rothschild corrían las historias más espeluznantes... como si con ellas tuviera algo que ver una fuerza diabólica¹". En el siglo XIII un carcelero desdeñó las súplicas de misericordia de un hombre rico: "Venga ya, señor Arnaud Teisseire, ¿se ha revolcado usted en tal opulencia...! No me diga que no ha cometido ningún pecado".

Sin embargo, en una transacción voluntaria tanto quien demanda como quien oferta salen ganando. Ambos se benefician; todos ganan. En la lógica del beneficio mutuo, sin embargo, cada uno podría ganar *aún más*. Siempre existe esa molesta brecha. En la calle, un señor llama a la ganancia obtenida por su proveedor de comestibles el "beneficio" de su proveedor, resentido de no poder canalizar más hacia sí mismo. No reflexiona que también él está obteniendo alguna clase de beneficio (o de lo contrario no habría accedido a la venta, en primer lugar). Desde el punto de vista del proveedor, el demandante es un usurero. Ambos lo son. Los economistas marshallianos llaman a la brecha entre la voluntad de pagar y la voluntad de aceptar "suma del superávit del consumidor y del productor". Los marxistas, de manera más gráfica y con desaprobación, la llaman "explotación" o "plusvalía". Se trata, de cualquier manera, de la ganancia social derivada del comercio —el valor creado por el comercio— que ha de dividirse en tu beneficio por la transacción y el del proveedor. Refunfuñamos. ¿Hice el mejor negocio posible? ¿Me ha tomado el pelo? Es un vil usurero. ¿Por qué no accede dignamente a darme más?

Cuando la democracia empezó a florecer y las jerarquías a morir, comenzamos a creer que existe una solución convenientemente disponible. El antiguo prejuicio contra el comercio genera la noción moderna de que el Estado lo arreglará, proveyéndonos de la dignidad y el sustento que necesitamos. (En 1600 nadie creía tal ridiculez, porque era obvio que el Estado era una banda de ladrones a cuyas garras habíamos ido a parar). Desde el punto de vista de un solo ciudadano, en efecto, los obsequios del Estado *parecen* una magnífica barra libre: carreteras, escuelas públicas, oficinas de correos con amables carteros. Aparecen sin más, sin coste alguno; sin miserables regateos, ni esfuerzo.

En segundo lugar, la fantasía de un Estado benevolente que reparte regalitos sin coste alguno, ya esté gobernado por un planificador central socialista o por un *Führer* nacionalista, tiene otro soporte narrativo (en este caso,

¹ De la traducción de Ramón Cotarelo de *Filosofía del dinero* (1976). Madrid: Instituto de Estudios Políticos.

exclusivamente moderno). La nueva narrativa se apoya en la verdad económica de que el mundo moderno emerge de un comercio con extraños maravillosamente ramificado. “No, qué va”, replica la nueva narrativa. “Todos somos miembros de una cariñosa familia, ¡avancemos todos juntos!”.

Cuando vivíamos en granjas y sabíamos de dónde venía la carne, nadie soñaba con el socialismo. Sabíamos que los precios del mercado eran importantes, y que podían hacer o deshacer nuestra vida. Sabíamos que los ingresos provenían del trabajo. Sabíamos en nuestras carnes de la verdad de los rendimientos decrecientes y de la universalidad de la escasez. Mis alumnos procedentes de granjas o de pequeños negocios donde los niños participaban entienden la economía con gran facilidad. Los otros, incluyéndome a mí misma, no. Cuando empezamos a recibir ingresos del Ministerio de forma masiva pero misteriosa, comenzamos a pensar que el problema no era la producción sino la distribución, en la mesa de una familia cariñosa que se reúne para cenar. Pásame las patatas, Helen. Claro, John. Sírrete más.

En 1928, la política sueca pasó del liberalismo a un socialismo tentativo cuando Per Albin Hansson dio en el Parlamento su célebre discurso a favor del “hogar del pueblo” o *folkhemmet*: “En el buen hogar hay igualdad, consideración, cooperación y buena disposición. Aplicado al gran hogar del pueblo y los ciudadanos, [el *folkhemmet*] implicaría derribar todas las barreras sociales y económicas que dividen hoy a los ciudadanos en privilegiados y desatendidos, gobernantes y dependientes, ricos y pobres, propietarios y empobrecidos, ladrones y explotados”.

Hoy, cuando una niña generosa se da cuenta de lo pobre que es la gente en el barrio de al lado, como es natural, siente deseos de abrir su cartera, o mejor, la de papá. Es a esa edad (a los catorce o dieciséis años) cuando se forma nuestra identidad política, que rara vez cuestionaremos después. Por el contrario, antiguamente, en una sociedad jerárquica de esclavos y amos, una hija de amos no sentía tal culpa, porque el destino de los pobres era la esclavitud. Pero una vez cuestionada la naturalidad de las jerarquías, como ocurrió en el siglo dieciocho en el noroeste de Europa, la distancia hasta el socialismo era corta, o, si se prefiere, un poco después, hasta el nacionalsocialismo. Nuestras familias son economías socialistas en miniatura, con Mamá en el papel de planificadora central. Genial.

El politólogo Edward Banfield señaló en 1958 que una sociedad premoderna se caracteriza por su “familismo amoral”: protege a los miembros de la familia, pero engaña y asesina a quienes no lo son (consúltese la extensa serie de televisión *Los Soprano*, emitida entre 1999 y 2007). Una sociedad moderna, en su versión autoritaria, expande la familia a la nación, el *folkhem*. Engañamos a los jefes y asesinamos a los enemigos, *en masse*.

Es importante que leas el libro de Tucker. Es importante que te preocupes. Todos los verdaderos liberales deben saber de dónde sale el nuevo nacionalsocialismo para desafiarlo y obligarlo a retroceder de vuelta a su escondrijo. No hay tiempo que perder.

—Deirdre Nansen McCloskey

Introducción

El 11 y 12 de agosto de 2017, cientos de personas, en su mayoría jóvenes, se reunieron en el centro de Charlottesville (Virginia), ciudad una vez frecuentada por Thomas Jefferson. Llevaban antorchas, hacían ondear banderas nazis y supremacistas y emitían amenazas genocidas contra grupos enteros de la población. Aparentemente estaban allí para protestar por la retirada de la estatua del general Robert E. Lee, decidida por votación en el ayuntamiento.

Pero, según sus organizadores, el propósito del mitin “Unite the Right” era más amplio: se trataba de desvelar un nuevo movimiento. El uso del término “derecha” es muy interesante en este contexto porque los organizadores consideraban que este término incluía al Ku Klux Klan y a quienes se autodefinen como nazis. La presentación que hicieron conmocionó a mucha gente —no solo en nuestro país—, porque pocos eran conscientes de la violencia y la destrucción de las fuerzas sociales que llevaba años cocinándose bajo la superficie de la vida estadounidense.

¿Con qué hemos topado? ¿En qué consiste este extraño movimiento que está cada vez más activo en Europa y en Estados Unidos? ¿Qué quiere esta gente? ¿Cuál es su origen ideológico? ¿Pueden considerarse “de derechas” y si es así, en qué sentido? Este libro intenta responder estas preguntas.

El ascenso de la *alt-right* (“derecha alternativa”) es el fenómeno ideológico más inesperado de nuestra época. La mayoría de los miembros de la generación actual carecen de una idea del impacto histórico de la faceta intelectual del colectivismo de derechas. La *alt-right* representa el renacer de una corriente de pensamiento colectivista de entreguerras que en un primer momento puede parecer un híbrido, pero que fue marcadamente popular entre las dos guerras mundiales. Es anticomunista, pero no por las razones habituales durante la Guerra Fría, es decir, porque el comunismo se oponía a la libertad de la corriente liberal. El colectivismo de derechas también se opone al liberalismo tradicional. Se opone al libre comercio, a la libertad de asociación, a la libre migración y al capitalismo entendido como *laissez faire*. Cierra filas en torno a la nación y al Estado como principios

organizadores del orden social —y da muestras de encaminarse hacia la defensa de un gobierno unipersonal— pero se posiciona contra la izquierda en su acepción tradicional.

Hemos oído hablar de ciertos líderes fascistas de mediados del siglo XX, pero no de la orientación ideológica que nos llevó a ellos o de las ideas que dejaron sobre la mesa para que fueran retomadas generaciones después. En su mayor parte, y hasta hace poco, esa doctrina parecía haber desaparecido de la historia. Pero las perspectivas de una ideología socialdemócrata se están evaporando, y otra cosa está llenando ese vacío. ¿Qué es? ¿De dónde viene? ¿A dónde lleva?

Este libro intenta llenar esa laguna de conocimiento, explicar de qué trata este movimiento y por qué cualquier individuo que de verdad ame y desee la libertad en su sentido clásico necesita desarrollar un instinto y un olfato para identificar lo opuesto a ella cuando se presenta bajo una forma desconocida. Necesitamos aprender a reconocer el lenguaje, los temas y objetivos y a los pensadores de un ethos político que se puede señalar propiamente como fascista.

¿Por qué llamarlo “de derechas”? Es una buena pregunta, porque la historia de la derecha y la izquierda es enormemente complicada y las definiciones no dejan de cambiar. Si por izquierda te refieres a cualquier cosa que tienda al despotismo y por derecha, a cualquier cosa que tienda a la libertad, el uso que aquí hago del término “derecha” carecerá de sentido para ti. Pero eso nos deja con un problema. No tiene mucho sentido, por ejemplo, describir tanto a Karl Marx como a Carl Schmitt como de “izquierdas” cuando el aparato ideológico de Schmitt se construyó en su totalidad en abierta oposición a Marx. Y no explica por qué algunas de las dictaduras más sólidas del siglo XX se levantaron en oposición al comunismo y terminaron siendo tan peligrosas como eso a lo que se oponían.

Estoy a favor de llamarlos “de derechas” porque se trata de movimientos que se apropian de ciertos temas de la derecha con fines despóticos.

Denuncian a una izquierda decadente y “degenerada” y hablan de la familia, la fe, la nación, e incluso de la propiedad. Pero no recurren a esta retórica en favor de la libertad burguesa sino en tanto retórica política diseñada para atraer el apoyo de un sector demográfico específico de la clase media. Puede que ataquen a la izquierda por haber encandilado a los más capaces de la academia y de los medios de comunicación, pero no les interesa permitir la máxima libertad personal y económica sino constreñirlas en servicio de la

nación, el Estado, la sangre, la tierra, el trono y el altar. La mayoría de las veces, lo que motiva a esta gente es la percepción de que la izquierda está en auge y debe ser combatida; de hecho, ese es el origen de los movimientos fascistas de los últimos cien años. Pero no aspiran a la libertad, sino a otra cosa: a una forma nueva de control social y económico total.

Un rasgo distintivo del colectivismo de derechas es su obsesión demográfica. Lo que encaja en la ideología general, que no se centra en la clase sino en cuestiones identitarias profundas que a menudo revierten a la raza y el grupo étnico. En 1947 Ludwig von Mises escribió del nazismo que “apuntaba a la abolición del *laissez faire* no solo en la producción de bienes materiales, sino también en la producción de personas”. Esto es cierto de la mayoría de los fascismos: persiguen objetivos duros mediante una gama de medios que va desde los controles migratorios a la eugenesia, pasando por la planificación familiar y el control de la procreación. No toleran la anarquía en la producción de personas. De una forma extraña, tiene sentido. Quien aspira a controlar el orden social debe empezar por controlar las estadísticas demográficas de la población.

Nuestra generación tiene poca experiencia del mundo real para lidiar con los movimientos reaccionarios y sus consecuencias. Lo que trataré de demostrar es que esta corriente de derechas se originó en los inicios de siglo XIX, cuando los seguidores de Hegel se separaron en una rama de derechas y otra de izquierdas, en función de si creían o no que el Estado y la iglesia prusianos marcaban el fin de la evolución cultural. Los derechistas se fueron por un lado, y los izquierdistas por el otro. Ambas partes promovieron una revuelta contra la agitación liberal que cambió profundamente la estructura demográfica de la sociedad occidental. En muchas experiencias nacionales distintas, derecha e izquierda propusieron distintas formas de enfrentarse a lo que consideraban un desastre inminente. Cada cual tenía su propia versión de revanchismo, es decir, una agenda centrada en reclamar territorio conquistado que les había sido arrebatado, la exigencia de volver a poner bajo control lo que se había perdido en favor de la libertad. En otras palabras, querían desenterrar el cuerpo de Adam Smith y colgar su efigie.

Lo que aquí llamo colectivismo de derechas representa, en realidad, una corriente de pensamiento medianamente coherente: el lenguaje, los temas, resentimientos, respuestas y visiones tienen una continuidad de unos doscientos años, y se han ido intensificando década tras década. Este libro rastrea esa corriente.

Quiero agregar una advertencia sobre el tema de Donald Trump, más que nada porque algunos de los capítulos que siguen se refieren a su postura y administración. He hablado sin pelos en la lengua de los orígenes cuasi fascistas de algunos rasgos de sus políticas. Este libro republica un ensayo que escribí en julio de 2015, justo cuando empezaba la campaña presidencial. Acababa de terminar de releer el *Gobierno omnipotente* (1944) de Mises, su reflexión más intensa y extensa de la ideología fascista/nazi. Los paralelismos en temas y políticas eran evidentes. Fue aquel día cuando me di cuenta de que quedaba mucho por decir sobre este tema. Sería muy fácil calificar este libro de folleto de la oposición, pero no lo es. No todo lo que Trump promueve es malo y no hay necesidad de oponerse a todo lo que su administración impulsa. De hecho, en la medida en que cualquier líder o régimen defienda cualquier grado de desregulación o de recorte fiscal (ideas que se lanzaron bastante tarde en la campaña), o unas relaciones exteriores más pacíficas, los adeptos del liberalismo tradicional deberían apoyarle en ese aspecto, independientemente de las cuestiones partidarias. ¿Pero qué es lo esencial de la filosofía de gobierno y qué se añade superficialmente para hacer el resto visible a tanta gente como sea posible? Esta es la pregunta más relevante.

Urjo a los defensores de la libertad a conocer mejor la ideología a la que nos enfrentamos y a que sean más conscientes de que en realidad no forman parte del espectro derecha/izquierda. Entendido esto, libros como *Camino de servidumbre* (1944), de F. A. Hayek, cobran mucho más sentido. Su advertencia se refería a la relación simbiótica de los totalitarismos de izquierdas y de derechas, y a la dinámica fallida entre ellos.

En 1956 (la fecha es importante), Leonard Read, fundador de FEE, escribió lo que sigue:

Hablar de “derecha” y de “izquierda” es hablar de posiciones autoritarias. La libertad no se relaciona horizontalmente con el autoritarismo. La relación del libertarismo con el autoritarismo es vertical; se eleva sobre el lodo del hombre esclavizado por el hombre... ¿Cuál es, en verdad, la diferencia entre comunismo y fascismo? Ambas son formas de estatismo, de autoritarismo. La única diferencia entre el comunismo de Stalin y el fascismo de Mussolini es un detalle insignificante de la estructura organizacional. ¡Pero uno es “derecha” y el otro, “izquierda”! En un mundo de palabras inventadas en Moscú, ¿dónde queda el libertario? El libertario es, en realidad, lo contrario del comunista.

Pero si el libertario emplea los términos “derecha” e “izquierda” está cayendo en la trampa semántica de que lo consideren “de derechas” (fascista) en virtud de no ser “de izquierdas” (comunista). Es un cementerio semántico para libertarios, un dispositivo de mundo que excluye su existencia. Si bien quienes se relacionen con Moscú no podrán evadirlo, existen mil razones para que los libertarios lo hagan.

Lo que Read probablemente no imaginó es que esta terminología sobreviviría a la Guerra Fría y regresaría por todo lo alto en el siglo XXI. Es más, le sorprendería comprobar que muchos libertarios de nuestra época no tienen claro dónde encajamos en el espectro derecha/izquierda. La respuesta es en ninguna parte. Pero para entender eso precisamos saber más.

Nótese que no es un simple juego de palabras de intelectuales. Nos encontramos hoy en un punto crítico de la historia de la libertad. Disponemos de tecnologías que podrían garantizar una libertad y un empoderamiento sin precedentes a todos los ciudadanos, pero nuestro legado estorba nuestro avance y las estructuras de poder buscan justificaciones para imponerse. Tal y como expongo en este libro, el Estado socialdemócrata de bienestar/planificador está agotado y no deja de perder popularidad. La pregunta clave es: ¿qué lo va a reemplazar? ¿Será la libertad u otra forma de control económico y social? El colectivismo de derechas es hoy un asunto relevante precisamente por eso. Porque está luchando por convertirse en una estructura ideológica dominante que podría retrasar y revertir el progreso logrado (mediante el avance tecnológico, más que a través del cambio político) hacia la libertad universal. Parece inconcebible repetir la historia de los años de entreguerras bajo una forma ligeramente distinta, pero nada es imposible cuando las malas ideas se imponen sobre las buenas.

* * * *

Desde hace dos años, la página www.fee.org (de la que soy editor) ha tratado este tema en detalle. La mayoría de los ensayos de este libro aparecieron en alguna de sus versiones en www.fee.org como parte de su contenido diario. Quiero dar las gracias en nombre de todos los colaboradores de FEE a la junta, a quienes han colaborado con donativos, al staff y a nuestros lectores por todo el apoyo que ha recibido esta maravillosa institución, que ha mantenido una ejemplar defensa de la libertad desde su fundación en 1946.

Además, son muchos los que han contribuido muchísimo a mi conocimiento del tema con continuas sugerencias de lectura. No puedo nombrarlos a todos, pero me gustaría dar las gracias por su apoyo intelectual a Danny Sanchez, Lawrence Reed, Wayne Olson, Richard Lorenc, Tom Palmer, Stephan Kinsella, Laurie Rice, Steve Horwitz, Jonah Goldberg, Thomas Leonard y Deirdre McCloskey, y a las incontables personas que han intervenido en las redes sociales criticando constructivamente mi trabajo.

Son tiempos duros para la filosofía liberal, y solo es posible superarlos entendiendo mejor nuestras luchas del pasado y nuestros retos del futuro. Quienes aspiran al ennoblecimiento humano mediante la libertad deben concienciarse de quiénes somos, qué logramos en el pasado, y qué va a hacer falta para construir un argumento racional y persuasivo contra la derecha y la izquierda, y en favor de algo bello y cierto que renueve la faz de la tierra.

—Jeffrey A. Tucker

